PRESENCIAS DE ANTONIO MACHADO EN LA «ESPAÑA PEREGRINA»

Estas páginas no constituyen una «investigación» sino más bien unas «pistas» para una investigación posible, que no carece de interés. Sobre todo, porque un estudio serio de la presencia —o presencias— de Antonio Machado en el exilio español de 1936-1939 vendría a completar los ya importantes que se han consagrado a lo que nuestro poeta fue para las generaciones poéticas españolas del interior.

Este último tema había sido tratado parcialmente, en varias ocasiones. En forma exhaustiva, a mi entender, lo estudia José Olivio Jiménez en un libro prácticamente desconocido en Europa y aun en España. El trabajo de Jiménez se detiene en la obra creada por los poetas que algunos críticos han llamado «generación del 60» o «del medio siglo»: en algunos de ellos ve Jiménez no sólo devoción, sino, además, aprendizaje de las lecciones machadianas y comprensión del «Machado integral», diferenciádose, así, de las «generaciones» —o grupos poéticos— que les precedieron y que tendían a destacar un aspecto del poeta. Otros estudiosos, posteriormente, han afirmado que la presencia machadiana se prolonga en el tiempo: así, Fanny Rubio, quien destaca ciertas opiniones de Pere Gimferrer reivindicadoras del «Machado metafísico». Yo misma —y creo que coincidiendo con otros— he visto una presencia muy clara del pensador Machado en algunos jóvenes que comenzaron a destacarse como indiscutibles poetas en la década del ochenta: concretamente, señalé cómo unas reflexiones mairenianas sobre los cambios en la sentimentalidad y la necesidad de expresar tales cambios con un lenguaje acorde con los tiempos, ha influido en un grupo de poetas andaluces, muy jóvenes cuando empezaron a crear y a reflexionar sobre la obra creada.

Sin embargo, esa otra cara de España, la España peregrina, es, me parece, un mundo inexplorado —en este terreno como en muchos otros—. Como señalé, no me propongo realizar aquí tal exploración, sino sólo abrir un posible camino para que otros lo transiten. Y quisiera, sobre todo, llamar la atención sobre una realidad que no se suele tomar en cuenta: fue en la España del exilio y no —por motivos obvios— en la España del interior donde no hubo necesidad de «recuperar» a

Antonio Machado, porque Antonio Machado no dejó de ser nunca una presencia iluminadora.

Al referirnos al «magisterio de Antonio Machado» —tema general de una serie de ponencias que se desarrollarán en este Congreso— y al pensar en el que ejerció sobre escritores de lengua española, habría que hablar no sólo de aquellos de origen español, sino además de algunos latinoamericanos hispanohablantes. Quizá debiera ahora hablar en singular y decir que, al tiempo que señalo las presencias de nuestro poeta en la España peregrina, sería justo señalarlas en los países, en los escritores de los países por los cuales esa España peregrinó. No es posible, por ejemplo, olvidar que, en 1939 la revista mexicana «Taller» —a cuyo nombre se une el de Octavio Paz, por supuesto— dedicó a Machado uno de sus números; ni olvidar que Octavio Paz fue uno de los primeros en llamarnos la atención sobre la prosa machadiana. Y muchos otros ilustres nombres vienen a la memoria. Pero...

Pero lo que aquí me propongo hacer es, por fuerza, mucho más limitado. No sólo desatenderé un importante tema de estudio posible, «Antonio Machado y América Latina», sino que me pondré otros límites. Por ejemplo, queda fuera de estos comentarios la obra de aquellos que, en otra ocasión, llamé «ex-niños». Es decir, los que fueron llevados al exilio a los doce, nueve, seis años —y aún menores—. Y no por falta de interés en la obra de muchos de ellos —que considero digna de ser estudiada mucho mejor de lo que lo ha sido hasta la fecha—. Mis razones para no incluirlos en este comentario son, principalmente, dos: la primera: que aquellos «ex-niños», sin dejar de ser españoles, son también «otra cosa»: ello se ve, por ejemplo, muy claramente, en los muchos que hicieron de México —pongo por caso— su «otro país» y a ese otro país pertenecen tanto o más que al de origen. En segundo lugar: para aquellos «ex-niños» Antonio Machado es una presencia, pero a ella se unen otras muy fuertes: la de Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, y las directas de León Felipe y algunos poetas del 27. Quizá el estudio de todas estas presencias —la de Machado, entre las de otros— podría ser en extremo interesante, pero, naturalmente, nos desviaría de nuestro tema. En algún momento, sin embargo, la referencia a algún «ex-niño» será obligatoria.

Dado el carácter de «aproximación», de «visión panorámica» que estas páginas pretenden ser, desatenderé lo que tal vez sea fundamental: la exploración a fondo de la obra de este o de aquel poeta en busca de huellas machadianas profundas. Pero, ya sabemos, el objeto de estas reflexiones es Antonio Machado y sólo superficialmente podremos referirnos a los otros.

Mas antes de llegar a los poetas es menester hacernos dos reflexiones y referirnos a otros aspectos relacionados con la vigencia de Machado en el exilio.

Las dos reflexiones —que lo mismo podrían ser advertencias preliminares que conclusiones— son las siguientes: primera: que es del todo natural que en el exilio se hable de Antonio Machado antes que en la España del interior donde el nombre del poeta es, en los primeros tiempos de la posguerra, silenciado; después, pronunciado en voz baja: por el contrario, para los que forman parte de aquella España peregrina, es uno de los primeros caídos y —como dije— una presencia iluminadora. Y, segunda —y más importante—: que hay una coincidencia en la visión que de

Antonio Machado se va creando en las dos Españas. Este es punto que trataré luego, pero, desde ahora señalaré que, a la vista de los textos, advertimos que el Machado que dentro y fuera de España están admirando —durante años y aun décadas— los españoles, es, sobre todo, el «Machado ético».

A ello volveré, pero antes de fijar la atención en los poetas, veamos, como dije, otros aspectos relacionados con la presencia de Antonio Machado en la España peregrina.

Las ediciones

Me parece justo comenzar este recorrido por la labor editorial. Y, sin pretender tratar exhaustivamente el asunto —de hecho, sólo voy a referirme a unas pocas ediciones entre las primeras— quiero recordar en este punto que, en México, en 1940, la «Editorial Séneca» publicó un volumen, fundamental en su momento. Bajo el título *Obras* y bajo la dirección de José Bergamín, aparece el «Machado» más completo hasta aquel momento. Reúne todo lo que Machado —poesía y prosa— había recogido en libros y, además, añade los artículos de «Juan de Mairena» escritos y publicados durante la guerra civil, más algún otro texto en prosa y unos cuantos poemas, igualmente creados y dados a la luz en revistas en los últimos años de la vida del poeta.

Y, tras México, Buenos Aires. Son de 1943 aquellos breves volúmenes en los cuales la «Editorial Losada» recoge no sólo poesía, sino además: *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo.*

Al año siguiente, 1944, otra editorial argentina, «Pleamar» presenta al poeta Machado en un bello volumen que titula: *Obra poética.* Esta vez quien cuida la edición es Rafael Alberti.

Habría, además, que hablar de múltiples antologías de la obra machadiana que, en esos primeros años de la década del cuarenta, ven la luz en diversos países de América latina: con frecuencia, son obra de escritores latinoamericanos; cabría, también, referirse a ediciones aparecidas posteriormente. Mas es innecesario. En las citadas —realizadas ya muy pronto— pudimos leer a Machado. A aquellas editoriales, a aquellos primeros editores debemos recordar con agradecimiento.

Estudios y homenajes

Imposible referirnos a las reuniones, a las masivas manifestaciones de adhesión al poeta que tuvieron lugar tanto en el momento de su muerte como en años posteriores y de los que, con frecuencia, queda sólo una reseña. Sabemos que en muchas ciudades —México, La Habana, Buenos Aires o tantas otras—; en multitud de centros culturales, los versos de Machado se escuchaban con frecuencia (y para mí son inolvidables los «sonetos» escritos durante la guerra, oídos con atención un 22 de febrero de algún año de la década del cuarenta, en el teatro de la Universidad

de Puerto Rico, recitados por Rivas Cheriff). Pero es preciso referirse sólo a algunas de esas manifestaciones que conocemos porque la letra impresa se encargó de que no se perdieran.

Mencioné antes un número de la revista «Taller» y puede ser ese un ejemplo de homenaje del que no sólo quedó una reseña. El acto que en la ciudad de México tuvo lugar pasó a las páginas de esa revista (1939), donde hoy podemos leer textos importantes consagrados a nuestro poeta.

Hubo, además, buen número de revistas que —pasados los primeros años de posguerra— dedicaron páginas o monográficos a don Antonio. Quiero, en este punto, destacar el Suplemento de «Las Españas», de México, que salió en 1948, con artículos firmados por prestigiosos escritores, tanto españoles del exilio como mexicanos; la publicación aporta, además, una muy bien elegida antología machadiana.

Y llegamos a 1949. Es la fecha en que en la España del interior se da un paso definitivo hacia el encuentro con Antonio Machado: pienso, claro está, en un número inolvidable de «Cuadernos Hispanoamericanos», de Madrid. Este homenaje-encuentro coincide con otra gran aportación del exilio: el *Antonio Machado. Vida y obra* que en ese mismo año —1949— realizó el «Hispanic Institute» de Nueva York. Y al llegar a este punto sí tengo que referirme a uno de aquellos «ex-niños» de los que antes hablaba: Gabriel Pradal Rodríguez (muerto muy tempranamente, por cierto). El estudio bio-bibliográfico de Pradal Rodríguez —bastante olvidado hoy— es uno de los más completos que sobre nuestro poeta se han realizado. Y la extensa «Bibliografía» —obra del mismo autor— ha sido la base, el punto de partida imprescindible para todos los que luego hemos intentado hacer alguna aportación en ese terreno.

Pero en esa fecha —1949— y ya bastante antes, además de actos públicos, además de revistas consagradas, etc., podemos afirmar que hay importantes escritores, creadores, no necesariamente «machadistas», que, con sensibilidad, se aproximaron a este o aquel aspecto de la obra machadiana, contribuyendo, así, a que conozcamos mejor la obra de don Antonio: es el caso de Francisco Ayala, o el de Manuel Altolaguirre, entre muchos otros.

Y, hasta donde he podido investigar —aunque, naturalmente, puedo equivocarme— el primer libro o ensayo extenso, que a Antonio Machado se le consagra es obra de un ilustre exiliado español: Arturo Serrano Plaja. El volumen —titulado *Antonio Machado*— apareció en Buenos Aires, en 1945[1].

La España peregrina, desde muy pronto, se hizo cargo de su responsabilidad hacia la figura de Antonio Machado.

[1] Ed. Schapire, 1945, 116 pp.

Textos literarios. Prosa

Como señalé, un crecido número de creadores se aproximaron a la obra y persona de nuestro poeta; si en algún caso hacen crítica, en otros lo convierten en motivo de evocación o de reflexión.

Imposible e inútil establecer una nómina. Quiero destacar aquí sólo dos nombres: Juan Ramón Jiménez y Rafael Alberti.

En 1941, en la revista «Sur» de Buenos Aires, publicó Juan Ramón Jiménez una de sus más estremecedoras páginas en prosa: me refiero, claro está, a *Segundo retrato de Antonio Machado.* Es el texto aquel en que, desde su exilio, el «Andaluz Universal» contempla al amigo de antaño buscando los caminos de España desde su última tierra de Colliure; mirando, como otros caídos, la cara de Dios. Todos recordamos aquellas palabras finales del retrato que, no obstante, no me resisto a dejar de reproducir:

> En la eternidad de esta mala guerra de España, que tuvo comunicada a España de modo grande y terrible con la otra eternidad, Antonio Machado, con Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, tan vivos de la muerte los tres, cada uno a su manera, se han ido, de diversa manera lamentable y hermosa también, a mirarle la cara a Dios. Grande sería de ver cómo da la cara de Dios, sol o luna principales, en las caras de los tres caídos, más afortunados quizás que los otros, y cómo ellos le están viendo la cara a Dios.

El texto de Rafael Alberti —quien ya, en ese momento, había hecho mucho por la difusión de la obra de Antonio Machado— está recogido en *Imagen primera de...*[2] y fue escrito y publicado antes de la aparición de dicha obra. Se trata de una magistral evocación de momentos distintos, con la figura de don Antonio en relieve. Evocación digna de ser leída y releída porque, en gran prosa, Alberti logra darnos no sólo sus recuerdos del ser humano y del admirado poeta, sino, además, una interesante aproximación a la forma de vida y al carácter del viejo don Antonio.

Textos literarios. Poesía

Si, en la España del interior, en las décadas del cincuenta y sesenta, no hay poeta que se precie que no dedique poemas a Machado creo que lo mismo habría que decir de los de la España peregrina. Una vez más, por razones obvias, los de fuera, se adelantan.

Quizá los primeros textos poéticos en honor a don Antonio publicados sean dos sonetos de José Bergamín, en junio de 1939, en la revista «Taller». Muy poco después, en La Habana —noviembre de 1939— nos encontramos con un poema, en

[2] *Imagen primera y sucesiva de Antonio Machado.* En: *Imagen primera de...* Buenos Aires, Losada, 1945.

dos partes, firmado por el bastante olvidado Angel Lázaro —figura, sin embargo, bien conocida en la España de la preguerra—. El máximo interés del texto de Lázaro estriba, a mi juicio, en el hecho de que, si la segunda parte se dedica al Machado recién muerto, la primera —escrita, naturalmente, antes del 39— es un canto entusiasta al Machado en guerra; al Machado «miliciano de la cultura», al que se mira como ejemplo ético a seguir. Y, como dije al comenzar, precisamente —fuera, como dentro de España— es esa la faceta que, durante muchos años se cantará y alabará sobre todo.

Pero, además de poemas dedicados —que luego veremos— habría que hablar de una presencia del recuerdo de versos machadianos en multitud de poetas, y desde muy pronto. A la mente me viene el título de un bello libro de María Enciso, prologado por Altolaguirre, publicado en México en 1946. *De mar a mar,* se titula el pequeño volumen —casi totalmente desconocido en España— que, aquí y allá, recuerda versos de nuestro poeta.

Además de Enciso, otros citan versos machadianos. Curiosamente, versos de la última etapa —de la guerra— con frecuencia, aunque tampoco olviden los de momentos anteriores (prefiriendo, por lo que se ve, los de carácter civil).

Si ahora queremos seguir un cierto orden —cosa que parece al menos, práctica— tendríamos que referirnos, primero, a la presencia machadiana en la poesía de los poetas que acostumbramos a rotular como del «27» —poetas que salen de España con una obra hecha— y seguir con la de aquellos, más jóvenes, que salieron con escasa obra, o con ninguna.

Pensando en los primeros, señalaré que es Rafael Alberti quien parece tener a Machado más presente en su obra. Ya me referí a su importante prosa, así como a su trabajo de editor. He de añadir ahora que, desde 1940, Alberti le consagra textos poéticos. *De los álamos y los sauces,* que es una parte de *Entre el clavel y la espada,* lleva debajo la siguiente dedicatoria: *En recuerdo de Antonio Machado.* Antonio Machado aparece también en un «retorno», fechado en 1955 —posterior, por tanto, a *Retornos de lo vivo lejano.* A «Juan de Mairena» se le nombra en *Coplas de Juan Panadero* y añadiré que, en ese poemario, aun si no se les nombra, el creador y la criatura parecen asomarse, de vez en cuando, acá o allá.

Enormemente interesante me parece un soneto de Juan José Domenchina. Pertenece al libro *Exul Umbra* (1948). Interesante —aparte de su calidad— por varios motivos. Pero me importa destacar ahora uno sólo: el Machado que Domenchina ve poco o nada tiene en común con el Machado-símbolo que se está comenzando a crear; mucho, en cambio, con los «maestros Martín y Mairena».

En este apartado —que no pretende ser exhaustivo— tendré aún que mencionar dos escritores a los que me referiré más adelante: Jorge Guillén y José Bergamín.

Y no mencionaré aquí más nombres: con los aportados creo que es suficiente para mostrar cómo aquellos que, en su juventud, no fueron demasiado entusiastas de la obra machadiana, ahora, sea por razones poéticas, o sea por razones humanas, tienen al poeta y al hombre presente en su poesía.

Una vez más repito que deseo evitar las nóminas, pero surgen otros nombres. Ahora, nombres de poetas que salieron de España con poca obra hecha. Se imponen

algunos: José María Quiroga Pla —por ejemplo—. Quiroga Pla —que salió de España sin libros, pero con poemas publicados en revistas— dedicó a Machado cinco sonetos, entre 1940 y 1945. Vistos en conjunto, se destacan en ellos dos notas: *visión de Antonio Machado como símbolo del exiliado caído*; y *relación de la muerte* del poeta con el derrumbe de España. Sigo citando: Juan Rejano y José Herrera Petere, que dedicaron libros a nuestro poeta y a ellos volveré en seguida. Y, mucho más joven —casi «ex-niño»— Francisco Giner de los Ríos, que, curiosamente, parece que, ante su don Antonio se «machadiza», siguiendo en este punto una lección muy machadiana (recordemos cómo Machado se «unamuniza» para hablarle a don Miguel, o se «rubendariza» para dirigirse a Rubén Darío).

He hablado de dedicatorias de libros completos, mas, en el caso de Juan Rejano es preciso matizar: realmente, Rejano dedica a don Antonio poemas extensos, editados, en su primera aparición, en forma de «plaquettes» independientes. En el conjunto de su obra hay otros textos dedicados a nuestro poeta, además de frecuentes alusiones a su poesía o a su persona. *La respuesta. En memoria de Antonio Machado* vio la luz en 1956. En la otra «plaquette», *La montaña y el mar* (1973), se unen dos nombres: Machado y Neruda. Si a los citados textos añadimos otro que figura en el libro de 1956, *El jazmín y la llama*[3] un breve romance cuyos versos iniciales dicen: «Ha muerto. Ya estoy más solo./Lo escuché en la voz del viento./Puedo decirlo sin lágrimas./No puedo decirlo: ha muerto». Si revisamos todos esos textos —decía— acaso pudiéramos deducir que Juan Rejano ha sabido ver al «Machado integral» —utilizando el justo término que José Olivio Jiménez emplea—. No obstante —y quizá inevitablemente— la faceta de «Machado poeta en la historia» adquiere mayor relevancia que otra alguna en este conjunto de poemas en los que Rejano se declara nutrido por la palabra «desnuda y verdadera» de aquel al que siempre consideró su maestro (aunque yo añadiría que lo es en mínima parte).

José Herrera Petere publicó en 1965 un libro fechado en 1959. Título: *Antonio Machado*[4]. Si tal título revela el propósito de homenajear al poeta muerto veinte años antes, ello no debe llevarnos a confusión; es una bella meditación sobre España lo que domina el texto, si bien Antonio Machado surge, en un momento, como figura simbólica que encarna la derrota, primero, y después, la esperanza de un pueblo. Señalemos, de paso, que estamos ya en el período de los homenajes, de las visitas a Colliure, etc. Es decir: en los momentos en que la España del interior glorifica al «San Antonio de Colliure» —dicho con palabras de Jorge Guillén.

Y, ya que a Guillén nombramos recordemos que también él —don Jorge— evocó a don Antonio en más de una ocasión. De los textos guillenianos me interesa destacar el que titula *Antonio Machado,* recogido en *Homenaje*[5]. Aunque se trata de un texto de sobra conocido, no debo aquí dejar de referirme a esa inteligente visión guilleniana del Machado «de verdad». *De verdad* titula la primera parte del texto,

---

[3] Véanse las obras mencionadas en: *La mirada del hombre. Nueva suma poética (1943-1976).* (Edición de Aurora de Albornoz. Barcelona, Ed. Anthropos, 1988).

[4] Edition bilingue. Trad. de Alfonso Jiménez, Club du Poème, 1965.

[5] *Homenaje. Reunión de vidas.* Milano, All'Insegna del Pesce d'oro, 1967.

en la que intenta profundizar en la obra del poeta. En contraste, hay una parte segunda, *El apócrifo,* donde mira al Machado que muchos se empeñan en hacer: «Entre aquellos apócrifos poetas que inventara/Ya apunta sin perfil un Antonio Machado./Es este San Antonio de Collioure. No para/De quejarse, dolido. "Así, tan mutilado,/El verso falsamente se me reduce a prosa./¡Mi poesía —gime— yace oculta en mi fosa!"». Creo que el Guillén que, con humor habla de este nuevo apócrifo, piensa más en el Machado visto desde España que desde el exilio. Sin embargo, es justo reconocer que, en términos generales, también en los poetas de la España peregrina advertimos la tendencia a glorificar a un cierto Machado.

Como casi al comienzo señalaba, no he pretendido buscar posibles huellas machadianas en los poetas de la España peregrina. En verdad, casi todos los que aquí he mencionado, o salieron de España con una obra hecha y ya importante, o bien, en el caso de los más jóvenes, había una formación previa. Sin embargo, encuentro un nombre, ilustre, cuya mención, como posible discípulo —aunque lo sea sólo en parte— de Antonio Machado, se impone: José Bergamín.

Bergamín es un caso, insólito en su momento, de poeta que escribe en prosa y sólo excepcionalmente en verso. De sobra sabemos que es el gran prosista de su grupo, allá por la década del veinte; sabemos que será maestro de muchos en la del treinta. Cultivó el verso desde muy pronto, pero en forma esporádica. Es en sus últimos años de exilio, y después, a su regreso a España, cuando comienza a escribir poesía, verso, en forma continuada. Y escribe mucho. Es curioso constatar que, si en sus primeros poemas —que suelen ser sonetos— se observan preferencias hacia el Barroco —y lo barroco— ya en momentos de *Rimas y sonetos rezagados* (y mucho más a partir de *Duendecitos y coplas,* poemas escritos en la década del cincuenta[6]), hay una búsqueda de formas sencillas con preferencia de asonancias, de tonos grises, de matices, y sobre todo, una intención de velar las cosas contemplándolas a través del sueño que, como resultado, dan un mundo bastante próximo al del Machado más modernista-simbolista. Poco hay en esta poesía que nos incline a relacionar a Bergamín con sus compañeros del 27; mucho en cambio que nos hace pensar en el modernismo-simbolismo, donde, naturalmente, no está sólo Machado, sino Juan Ramón, o Bécquer, o los simbolistas franceses, o los románticos alemanes,... todos bien conocidos por Bergamín (quien no vacilaba, sin embargo, en aceptar a Machado como maestro). Pero más Machado veo aún en una serie de breves poemas, de corte reflexivo —que a veces recuerdan aquellos aforismos del Bergamín inicial—; textos totalmente bergaminescos, que, sin embargo, nos hacen pensar en Machado: de hecho, a veces parecen tomar como «pre-texto» palabras machadianas:

Así:

> La verdad, ya lo estás viendo:
> yo te dije que empezaba
> donde acababa tu sueño.

[6] *Rimas y sonetos rezagados.* Santiago de Chile-Madrid, Renuevos de Cruz y Raya, 1962. *Duendecitos y coplas.* Santiago de Chile-Madrid, Renuevos de Cruz y Raya, 1963.

O:

Camino sin caminante
es un camino que ignoras
a dónde puede llevarte.

O bien:

«Mañana será otro día»:
otro día que será
otro será todavía.

Curiosamente Bergamín, tan innovador en su escritura en prosa, parece que al expresarse en verso busca insertarse dentro de una tradición. En su camino encuentra algunos maestros: Antonio Machado es uno de ellos.

Y termino. No sin antes repetir que he pretendido sólo enfocar en forma panorámica un tema que, hasta donde conozco, no ha sido examinado. Quiero, antes de poner el punto final a estas páginas, señalar una vez más que en la España peregrina Antonio Machado fue siempre una viva presencia. Y afirmar, finalmente, que con esa España peregrina hay que contar a la hora de aproximarnos al magisterio de Antonio Machado.

AURORA DE ALBORNOZ

COMUNICACIONES

Manuel Díaz Martínez
José Infante
Antonio Jiménez-Landi
Leopoldo de Luis
José Olivio Jiménez
Juan Carlos Rodríguez
Antonio Sánchez Trigueros
José Saramago
Ricardo Senabre
Cintio Vitier